

José Manuel Quirós, S. J.

El Patriotismo y el Clero.

(Con las licencias necesarias).

BOGOTA - 1919

IMPRENTA DE LA CRUZADA

©Academia Colombiana de Historia



DISCURSO

pronunciado por el R. P. José Manuel Quirós, S. J., en la solemne distribución de premios del Colegio Nacional de San Bartolomé, el día 16 de febrero de 1919.

Excmo. señor Presidente de la República, Excmo. señor Nuncio Apostólico, Ilmo. señor Obispo, señores Ministros, venerable clero, señoras, caballeros:

Si la muy honrosa comisión que he recibido de introductor vuestro en la presente festividad de familia, se redujera a enardecer vuestros corazones en el santo amor de la patria colombiana, podría salir en la empresa sumamente airoso, y la faena no sería ardua ni meritoria. ¿Quién, que conozca medianamente vuestros antecedentes históricos, no podría señalar esos manantiales de luz que irradian en vuestro cielo intelectual o moral? ¿Qué mérito tendría yo, si hiciera desfilar ante vuestros ojos esa legión de luchadores que os prece-

dieron, llámense padres de la patria con sus coronas de espinas y de gloria; llámense defensores de la libertad, volados en pedazos con los pertrechos inutilizados al enemigo; o caídos con herida mortal en el baluarte conquistado, pero sosteniendo aún en sus manos la bandera tricolor?

A los hijos de Bolívar, de Ricaurte y de Girardot les basta oír esos idolatrados nombres para inflamarse en el sagrado fuego que hace milagros en defensa del pedazo de tierra que se llama patria.

Pero, señores, esa no es mi tarea en estos breves momentos de introducción. Y aunque el tema del patriotismo se impone como preparación y tributo al centenario de la memorable victoria de Boyacá, prefiero hablaros de la patria en términos más precisos y adaptados a la presente solemnidad, y más propios y exclusivos de mi carácter sacerdotal.

Señores, ¿puede esta humilde sotana de sacerdote o de jesuita, extinguir en el ciudadano el nativo amor de la patria? La voz y la autoridad que abren las puertas del cielo a los hijos de la tierra ¿no serán voz ni autoridad para abrir al hombre caminos de luz en su progreso material o moral? ¿Le será prohibido al sacerdote entrar en esos senderos escabrosos y ensangrentados de las bellas

abnegaciones y de los sacrificios heroicos?

La patria no es, señores, precisamente un espacio de tierra más o menos favorecido de la naturaleza o de la industria con crecido patrimonio de montañas y de ríos, de fábricas, de muelles o de ferrocarriles. La patria es algo más elevado y más noble, algo que se refiere al espíritu. Más aún: el hogar querido donde se abrió a los rayos del sol la flor de nuestra existencia; la urna que guarda las preciosas reliquias de nuestros ascendientes, el templo, la escuela, los campos y aldeas que suelen ser monumentos vivos de personas y tradiciones muertas, sólo entran en el concepto de patria para nosotros, en cuanto guardan latentes pero encendidas, como en sagrado rescoldo, ideas, leyes, o acciones memorables forjadas por la virtud, el ingenio o el corazón del hombre.

Necesitamos eso sí, para estimar todas esas obras y recuerdos, un lazo que los una a nuestra estimación; es preciso que la personalidad encuentre en todo ello algo que la interese o afecte; algo que pueda llamar suyo, y abrigarlo en el santuario de sus afectos más tiernos y de su amor más decidido y más fuerte!

La patria es una sociedad de seres morales, agrupados dentro de un te-

territorio definido, que, bajo leyes y derechos comunes, coadunan sus voluntades y esfuerzos para encaminarse a un mismo bién y prosperidad general. La verdadera y estricta noción de patria, según eso, entraña la unión de corazones y de intereses que se ponen bajo la tutela del orden, y si es menester, bajo la tutela del propio sacrificio. Por lo tanto, quien sabe hacer suyos los grandes intereses de una nación, estimándolos como propios, y está dispuesto a sacrificarse por ellos, ese tal, llámese nacional o extranjero, laico, sacerdote, o religioso, es verdadero patriota.

* * *

En ese campo de sangre y devastación, señores, de Europa central que lleva el nombre de Bélgica, se ha levantado una figura llena de majestad y de encendida elocuencia, que viste la sotana del sacerdote y el pectoral del arzobispo. Figura colosal que ha conmovido a casi toda Europa; hombre superior, que si no ha podido contener el azote de la guerra sobre la nación invadida, como San León Magno, ha dejado sentir su voz de trueno para velar por los intereses de su religión y de su pueblo como San Juan Crisóstomo, y ha hecho resonar su reclamo de pastor pa-

ra enjugar las lágrimas del oprimido como San Carlos Borromeo.

Bien comprendéis que me refiero a Su Eminencia el Cardenal Mercier. Quien conoce su actitud en la presente guerra, sus valientes pastorales, señores, ¿pondrá en duda que el amor decidido de la patria puede caber dentro del pecho y corazón de quien viste la librea sacerdotal?

«Hay en cada uno de vosotros, dice el ilustre Purpurado (1), un sentimiento más profundo que el interés personal, que los vínculos de la sangre y el empuje de los partidos, y es la necesidad, y por consiguiente, la voluntad de sacrificarse por el interés general; ese sentimiento se llama *patriotismo*.

«La Patria no es una aglomeración de individuos o de familias que habitan en un mismo suelo, que tienen entre sí relaciones más o menos estrechas de vecindad o de negocios, nó, ella es una asociación de almas, al servicio de una organización social, que es necesario aun al precio de nuestra sangre salvar y defender, bajo la dirección de aquel que preside sus destinos.

«El patriotismo, principio interno de unidad y de orden, vínculo orgánico de los miembros de una misma

(1) *Patriotismo y Firmeza*—1914.

sociedad, era mirado por la parte selecta de los pensadores griegos y romanos antiguos, como la más elevada de las virtudes naturales..... La religión de Cristo hace del patriotismo una ley: no hay cristiano perfecto que no sea un perfecto patriota»

Hasta aquí el Cardenal Mercier. Pasemos de Europa a nuestra querida Nación.

.....

«Los servicios del Clero, dice el distinguido poeta y patricio don José Joaquín Ortiz, han sido reconocidos por todas las Administraciones de Colombia y Nueva Granada, desde las de Bolívar, Santander, Márquez, Herrán, Mosquera, hasta la de López.

«El Clero secular y regular, decía Bolívar en diciembre de 1819, el Clero secular y regular, y los monasterios religiosos se me acercaron enajenados, y me abrieron su corazón».

«El Secretario del Interior decía al Congreso colombiano de 1823: “El Gobierno se aprovecha de esta solemne oportunidad para informar al Congreso del patriotismo e importantes servicios que el clero secular y regular de Colombia han hecho a la causa de la Independencia. Por todas partes la han auxiliado con el influjo de la palabra y de su ministerio, con

el ejemplo y con sus propios recursos...." (1)

Ocurre, señores, una dificultad contra el patriotismo del religioso, y es el espíritu cosmopolita que a todos ellos debe animar. El Cristianismo, al practicar la fraternidad universal, decían los enciclopedistas del siglo XVIII, destruyó las bases del genuino patriotismo.

Esto es no penetrar en el fondo de las cosas y desconocer la psicología del corazón. Muy bien se ha dicho que el saber no ocupa lugar, y que conocimientos sumados a conocimientos no amenguan la capacidad de la mente humana.

El corazón es hijo del entendimiento y se parece a él como los hijos se parecen a sus padres; o, si los filósofos reclaman contra esta peregrina afirmación, digamos con ellos que el corazón es de la misma naturaleza que la inteligencia. El corazón es un mar profundo donde pueden caber todos los tesoros del espíritu; un plantel sin límites donde pueden nacer todas las flores, y cada una de ellas, llámense amor materno, conyugal, patrio o universal, tendrán su carácter y estructura propias, pero todas ellas abren sus corolas al mismo soplo del alma y exhalan un mismo perfume celestial.

(1) *Cartas de un sacerdote católico.*